

SIMPLIFICACIÓN Y COMPLEJIZACIÓN DE LA COMPLEJIDAD SOCIAL TEMPRANA: UNA INTRODUCCIÓN

Peter Kaulicke^a

Resumen

Este aporte aborda algunos problemas básicos relacionados con el origen de la complejidad social en el Perú antiguo y la complejidad inherente de definiciones centrales como domesticación y sedentarización. Asimismo, enfatiza la necesidad de incluir lo 'no complejo' en la discusión de la complejidad, y de enfocar la relevancia respectiva y la interrelación entre 'lo simple' y 'lo complejo'. Más aún, la cronología pertinente usada en el Perú requiere de una uniformización y definiciones más precisas. Por último, se presentan los trabajos incluidos en este número.

Palabras clave: definición de complejidad social, origen, domesticación, sedentarización, cronología, subdivisiones, terminología unificada

Abstract

SIMPLIFYING AND COMPLICATING EARLY SOCIAL COMPLEXITY: AN INTRODUCTION

This contribution treats some of the basic problems related to the origins of social complexity in ancient Perú and to such crucial definitions as domestication and sedentism. The necessity of including the concept of simplicity in discussions of complexity is stressed, as well as that of discerning the relevance and interrelation between simple and complex institutions. Further, the corresponding chronology of Perú also is in need of standardization and more precise definitions. Lastly, the papers included in this volume are discussed briefly.

Keywords: definition of social complexity, origins, domestication, sedentism, chronology, subdivisions, unified terminology

1. Introducción

En el número anterior del *Boletín*, Tom Dillehay presentó una introducción con la que se inició la publicación de los aportes del V Simposio Internacional de Arqueología PUCP. Si se ha elaborado otra para este número, eso no se debe a la eventual necesidad de completar sus argumentaciones o, en el peor de los casos, expresar una inconformidad. Solo se desea enfocar algunos puntos cruciales con el ánimo de reiterar énfasis sobre ciertos problemas que surgieron en la lectura de los artículos publicados, sobre todo en lo que se refiere al uso de términos clave que no siempre concuerdan con las interpretaciones ofrecidas o las evidencias presentadas para su sustentación. Otros se usan de un modo casi irreflexivo, con ciertas tendencias hacia la simplificación. Estos problemas de definición se suscitan porque no suelen discutirse mucho en el ámbito de la arqueología peruana y, quizá, tampoco en los países vecinos. Como se verá en los trabajos presentados aquí, hay otros enfoques posibles, sobre todo planteados por parte de los especialistas

^a Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: pkaulic@pucp.edu.pe

que estudian distintas áreas del globo. A continuación se exponen tres temas: el del «origen» de la complejidad —en el que se destacará lo concerniente al Perú—, el de los problemas acerca de la neolitización (domesticación y sedentarización), y el de la cronología y la nomenclatura. Finalmente, se presentan los trabajos incluidos en este número.

2. Acerca del problema de los «orígenes de la complejidad» en los Andes

Las discusiones acerca de los inicios de la civilización en las Américas, y en el Perú en particular, son de larga data, ya que se inician en el siglo XVI. Por una especie de consenso basado en fundamentos teológico-jurídicos, estos se sitúan fuera del Nuevo Mundo, con lo que se elimina la necesidad de definirlos. Estos «orígenes» externos «explican» todo lo complejo en forma de cualidades adquiridas en situaciones históricas del mundo mediterráneo surgidas gracias a la intervención de dioses; en forma material, expresiones supuestamente similares entre el Nuevo y el Viejo Mundo se toman como evidencias de migraciones desde regiones civilizadas a aquellas primitivas que caracterizan al primero. Por lo tanto, los cambios «culturales» son equivalentes a reemplazos poblacionales en tanto que subsiste un primitivismo sostenido y casi inalterable en las poblaciones indígenas; en otras palabras, existe una continuidad interna a la vez que un cambio inducido desde el exterior —o «civilización»— como valor introducido.

En el campo de la arqueología, se le puede considerar a Max Uhle —según Tello (1921: 1), el fundador de la ciencia arqueológica del Perú— como un punto de quiebre. Uhle estableció una historia del Perú antiguo al reconocer una secuencia de estilos o «culturas», y proclamó la necesidad imperativa de una filosofía de la historia en el sentido de una conciencia histórica para los Estados nacionales modernos. Con ello se refería a una identificación con su propia historia, lo que, para él, no era una cuestión de moral, sino de sensatez política, ya que su ausencia prolongada puede o debe conducir a crisis existenciales (Uhle 1917). En este sentido, la arqueología —junto con la lingüística y la antropología (física)— se convierte en la descubridora de una historia desconocida y en proveedora de ella por medios diferentes a las historiografías occidentales. Para Uhle, esta historia no debería restringirse a los ámbitos territoriales de los países modernos, sino ser entrelazada a escala americana —incluyendo a los Estados Unidos—. Este aspecto es esencial para la discusión del origen de la(s) civilización(es), por lo que conviene citarlo más extensamente:

Por su configuración geográfica especial el continente americano formó, más que las otras grandes partes de nuestro planeta, una unidad también con respecto de su población antigua i al desarrollo de sus civilizaciones. Más que en otras partes del mundo se imponen por eso problemas sobre las cunas de su primera inmigración i la afinidad de sus razas con otras [...] Los tipos [raciales] de la antigua población presentan una enorme variedad en el norte i sur, i en casi todas partes simultáneamente, cuya descendencia u origen [*sic*] solo se puede aclarar con el concurso científico de todos los países [...] También la unidad en el desarrollo de las civilizaciones es más grande en América que en cualquier otro continente de iguales dimensiones [...] El enorme número de tribus indígenas de diferente hábito, lenguas y costumbres, que llena el continente americano i lo llenaron más al tiempo de la conquista se presentan sin embargo en un número solo pequeño de diferentes niveles de cultura general [*sic*] despertando la impresión de que diferentes olas de graduada civilización se habían sobrepuesto una a otra en el curso de muchos siglos [...] No cabe duda de que, el tipo de civilización superior en general tomó su salida de las partes centrales del continente para fertilizar de allá las partes meridionales i sudoeste de los Estados Unidos, Colombia, las Antillas i el Perú (Uhle 1917: 400-401).

Para Uhle, entonces, existieron grados de civilización que se modificaron por la presencia de un foco de mayor complejidad o civilización superior cuyo origen desconoce, pero lo puede ubicar, ya que, desde este núcleo (Mesoamérica), sus manifestaciones o portadores de las mismas se desplazan y se encuentran con otras dispersiones «medianas» o «secundarias», como las de Colombia, las del noroeste de Argentina y las del Perú, mientras que grados mínimos de civilización se mantienen en zonas más apartadas, pero no aisladas. En sus obras posteriores, Uhle se concentrará más en las migraciones centroamericanas hacia el Ecuador y el Perú, que se deben, por último, a impulsos asiáticos (Uhle 1942). Por lo tanto, en esta discusión se percibe una mezcla curiosa entre aportes que concuerdan con ideas modernas y otros poco aceptados en la actualidad.

Tello invierte la perspectiva «internacional» de Uhle al preferir otro lugar concreto de origen, Chavín de Huántar, que se «irradia» hasta la isla de Marajó (Brasil), Colombia, el noroeste de Argentina y, en el fondo, está convencido de una difusión hacia Mesoamérica en vez del sentido contrario propuesto por Uhle y sus seguidores (cf. mapa en Carrión-Cachot 1948: lám. XXVI). Pero esta inversión no es la única. Tello se entendía a sí mismo como monogenista, mientras que, según él, Uhle era poligenista; de acuerdo con sus postulados, la costa no podría ser un foco originario, ya que esta región recibió la civilización en forma de migraciones. Esta civilización debió haber surgido en un área de origen por definición —la selva— con sus habitantes «fosilizados» en una cierta «virginidad cultural» fusionada o insertada en una naturaleza aún no transgredida. Solo por el traslado a los Andes, este germen cultural floreció gracias al empuje creador serrano y llega a la costa únicamente después de haberse perfeccionado en las alturas. Esta metáfora de una planta fue tomada en serio por Tello, quien imaginó el desarrollo cultural o civilizatorio como un árbol cuya raíz se ubicaba en la floresta desde donde se cristalizó una unidad geoétnica, cultural, lingüística e ideológica (Tello 1921, 1942). Con ello se obtenía una extraña fusión entre elementos «primitivos» al lado de otros de insuperada perfección, que invertía, también, la evolución cultural en el sentido de una inicial «edad de oro». En esta visión grandiosa y romántica se percibe un enorme afán de captar la complejidad social y su relación con el entorno diversificado y «rico».

El problema surge cuando se quiere contrastar este conjunto teórico con las evidencias que el propio Tello buscaba para fundamentarlo empíricamente. No encontró manifestaciones tempranas en la espesura de la floresta, por lo que su argumentación respectiva se limitó a especulaciones que desafiaban su comprobación. Asimismo, el sitio de Chavín de Huántar no era el lugar de origen; las supuestas evidencias «primitivas» recuay eran posteriores en vez de anteriores a la arquitectura monumental y al estilo «Chavín». Tampoco el sitio de Cerro Sechín era fruto de una irradiación serrana, desde Chavín, sino que es anterior a las obras comparables de este último. La supuesta homogeneidad estilística que ostentaba la civilización Chavín, propagada por Tello como «primer» sustrato cultural panandino, constituyó un afán de sintetizar diferencias morfológicas y representativas «suprasociales» separadas en tiempo y espacio. Esta síntesis, por lo tanto, se extendía a una sinopsis cronológica y corológica que desafiaba los conceptos que suelen fundamentar la cronología arqueológica. Por último, también tendía a una homogeneización de los fenómenos sociales, ya que la continuidad desde los logros iniciales —esta fusión sostenida entre ‘lo complejo’ y ‘lo primitivo’— le bastaba a Tello. Por consiguiente, a la reiterada «renovación racial» y cultural debida a migraciones se oponía su modelo monolítico de lo que, posteriormente, se solía llamar el hombre andino.

El caso de Uhle, que no es tan incompatible como aparenta ser por la lente de Tello, se le parece por la esencial indefinición de origen y la simplificación de sociedades en estilos estereotipados. La diferencia radica en la determinación cronológica debido al afán del investigador alemán por «historizar» la arqueología peruana. El hecho de que este enfoque de cronología se mantenga vigente es muestra de que su carácter era esencialmente correcto o, quizá mejor, de que las nociones de definiciones estilísticas —hoy limitadas a la cerámica— no cambiaron drásticamente desde la época de Uhle, con lo que persiste la dificultad de convertir a estas secuencias en una historia social. Un ejemplo que ilustra bien este problema es su atribución de la cerámica chavín a pescadores primitivos, es decir, el haber «confundido» un estadio primitivo —por haberse encontrado en conchales— con el más civilizado en la visión de Tello (véase Bischof 1998). Se volverá sobre este punto más adelante.

Sin ánimo de presentar una historia de esta problemática, conviene concentrarse ahora en un ejemplo más reciente: *The Maritime Foundations of Andean Civilization*, de Michael Moseley (1975). El título de este libro no corresponde del todo con el tema de su estudio, ya que se limita a enfocar el surgimiento de la complejidad en sociedades costeñas del Perú entre los valles de Santa y Lurín (Moseley 1975: 3, fig. 1.1). El libro es polémico y contestatario —en cierto sentido, como las obras de Tello— por exhibir su caso como una excepción a la noción generalizada de la neolitización, que enfoca a la domesticación de plantas y la agricultura como uno de los factores esenciales de la civilización (véase abajo), lo que Moseley niega en el caso del área investigada, donde, según él, la explotación de los ricos recursos marinos facilitó su surgimiento. Es, al mismo tiempo, un rechazo a la noción de Uhle en cuanto a sus pescadores primitivos, previos a la etapa de la civilización. Para Moseley, este término implica «un complejo patrón de comportamiento social de un gran número de individuos que actúan en formas diferentes interrelacionadas por

su coherencia» y sostiene «que su desarrollo se debe a un proceso aditivo con nuevas formas de comportamiento que resultan de formas previas que se mantienen como tradición social vigente» (Moseley 1975: 3; traducción del autor). Por lo tanto, lo entiende como una tradición expansiva que se inició desde un lugar desconocido, hacia 3000 a.C., para establecerse en forma definitiva unos dos milenios más tarde. Antes del cuarto milenio hubo un predominio de la caza y recolección terrestre; la «revolución» se dio con el paso a la recolección y la pesca en el litoral, que solo fueron reemplazados, al final del Periodo Arcaico Tardío (Final), por la irrigación y la agricultura (Moseley 1975: 19). A lo largo del texto, Moseley reunió muchos datos para sustentar el éxito de las economías del Periodo Arcaico Tardío (es preferible la expresión «Arcaico Final», véase abajo) al permitir logros consecuentes como el aumento poblacional, la arquitectura monumental, el arte, la diferenciación social, entre otros, todos ellos normalmente atribuidos a sociedades agrícolas.

Esta hipótesis de Moseley se enfrentó a muchas críticas (*cf.* Bonavia 1991: 166-169, con referencias), pero vuelve a ganar aceptación con los resultados recientes de Caral (*cf.* contribución de Shady en el número anterior y Moseley 2006). Si se enfoca el problema del origen de esta supuesta explosión de complejidad a partir de 3000 a.C., se observa que lo que, supuestamente, caracteriza lo anterior a ella no ofrece un carácter explicativo como antecedente. No hay razón alguna para aceptar una importancia destacada de estrategias estacionales de cacería y recolección en ecotonos frágiles como las lomas si otros más productivos estaban al alcance en el litoral, el bosque ribereño, las lagunas, los pantanos y otros, caracterizados por el propio Moseley (1975: 13-17, fig. 2.3). Por lo tanto, los recursos marinos fueron explotados mucho antes, ya desde el Periodo Arcaico Temprano. Plantas cultivadas como evidencias de la domesticación existían ya durante el Periodo Arcaico Tardío, pero debían de haberse introducido desde otras zonas. El algodón, planta «industrial» básica, sí existía en forma silvestre en la costa —si bien no en la costa central—, pero el impulso de su domesticación tardía se debía, probablemente, a anteriores experiencias respectivas. Por otro lado, la arquitectura monumental, con sus marcados patrones formales, no se deriva de las chozas bien conocidas —gracias a los trabajos de Engel— de los periodos Arcaico Medio y Temprano que subsisten al lado de la arquitectura más formal.

En general, por consiguiente, se vislumbra una serie de impedimentos para una definición clara de la problemática. Desde una perspectiva regional —en el caso de Moseley, esencialmente la zona de Ancón-Chillón— y una base empírica endeble, se construye un proceso unilineal que parte de la caracterización poco convincente de una supuesta «tradición» cazadora-recolectora que se especializa en un ecotono estacional y poco productivo ignorando la riqueza a su alrededor pese a la casi ausencia de datos empíricos capaces de apoyar esta hipótesis (*cf.* Kaulicke 1980: 222-244). Por ende, el «primitivismo inefectivo» de los pescadores «incivilizados» de Uhle fue reemplazado por la presencia de cazadores-recolectores efímeros y miopes cuya inclusión en la «revolución marina», que sustituyó a la Revolución Neolítica, quedó básicamente relegada, desde una perspectiva social, al ser suplantada por un razonamiento ecológico, «traducido» en términos económicos.

Las variantes presentadas comparten una serie de características que se plasman en oposiciones binarias que crean una brecha infranqueable. El concepto de ‘civilización’ se opone a ‘primitivismo’ o ‘barbarie’, mientras que los sistemas económicos pueden ser eficientes —en el sentido de progresivos— o ineficientes, por lo que llevan a un estancamiento inamovible. En todo caso, ambos extremos se ven como una especie de bloques opuestos en términos de que la civilización existe o no existe, y su ausencia carece de interés y no requiere de explicación. Por consiguiente, el tema del origen de la complejidad o la civilización se limita a detectar las evidencias más tempranas de lo que se presume que se relaciona con este fenómeno e ignora todo lo previo.

Este procedimiento es poco prometedor en el afán de entender la civilización como sistema o como proceso histórico. Las sociedades preneolíticas y neolíticas —o, en general, las sociedades arcaicas del pasado— consistían de conjuntos de individuos interactuantes en entornos específicos dentro de una dinámica que llevó a cambios constantes en su interior y en su relación con esos ambientes, los que tampoco se mantenían inalterados; por lo tanto, las teorías de la complejidad social deberían ser incluyentes en vez de excluyentes. Esto significa que las sociedades no solo se definen por su grado de complejidad económica o su relación específica con condiciones medioambientales, sino por sus respectivas inserciones en sus

mecanismos de interrelación de individuos interactuantes, la vida social, su conceptualización y su realización. Dentro de esta lógica, a las sociedades de cazadores-recolectores se les debe conceder la capacidad de realizar cambios económicos, pero, asimismo, transformaciones de carácter social y, con ello, definir su complejidad. En el caso de los Andes centrales, esto significa que no se debería tratar al hombre temprano como una anacrónica especie de intrépido cazador paleolítico —evidentemente no complejo, solo preocupado por su sobrevivencia—, sino como parte de una elaborada red en una biodiversidad intrincada y paisajes sociales que condujeron a diferentes soluciones, unas exitosas y otras menos afortunadas, por supuesto, vistas desde una perspectiva actual.

A partir de la visión de los arqueólogos, abordar la complejidad se hace más difícil por diferencias en su definición, a menudo tácitas, basadas en una selección variada del universo reducido de los datos empíricos y sus interpretaciones. En el Perú, Ruth Shady postula la presencia de un Estado prístino, una ciudad sagrada y una civilización en Caral a partir de 3000 a.C. (*cf.* número anterior); los Pozorski (Pozorski y Pozorski 1987) reconocen la presencia de un Estado en Casma durante el Periodo Formativo Temprano, unos 1500 años más tarde, mientras que Richard Burger solo concede el estatus de civilización a Chavín (su horizonte Chavín, véase Burger 1992), con más de dos milenios de diferencia respecto de Caral, en forma de centro «protourbano». Charles Stanish (2001: 55), en cambio, solo acepta el calificativo de «Estado» para la cultura Moche, otros 1000 años posterior a Chavín. Sin ánimo de indagar sobre los razonamientos en los que se basan estas llamativas discrepancias, estas residen, en primer término, en definiciones teóricas desligadas de la arqueología y afanes en hacerlas concordar con los datos disponibles. Por consiguiente, queda la posibilidad de que se trate, básicamente, de teorías mal aplicadas que no se dejan ajustar a la base empírica, o que esta es demasiado incompleta o desprovista de análisis e interpretaciones apropiados para poder insertarla en un marco teórico.

3. Entre 'lo simple' y 'lo complejo'

En vez de seguir con este tipo de discusiones, parece más prometedor concentrarse en los mecanismos transitorios que conducen de un estado al otro. Este tipo de cambio social como fenómeno global se conoce bajo el término de «neolitización», con el Neolítico como un estado social en el que dos procesos formadores llegan a su culminación: la domesticación y la sedentarización. Ambos procesos se interrelacionan sin que uno constituya, de manera necesaria, una precondition del otro, es decir, que la domesticación conduzca al sedentarismo o viceversa. A primera vista, la domesticación podría vincularse con cambios esencialmente económicos, como el paso de la extracción de recursos naturales —plantas y animales, pero también minerales, entre otros— a su producción por medio de la manipulación genética, y el control y el poder sostenidos del hombre sobre la naturaleza en una especie de racionalización de esta última. En sistemas económicos sin cultígenos y con movimientos cíclicos dentro de cronogramas preestablecidos, las evidencias de restos botánicos y zoológicos en un solo sitio reflejan, en forma evidente, una parte de esta dinámica. Estos restos, a su vez, constituyen una parte ínfima de lo usado y/o consumido durante un tiempo poco definido. Por regla, carecen de una contextualidad definida y solo pocas veces se les aplica análisis más refinados —de coprolitos o trazas en huesos, pelos, placa de dientes, entre otros—.

La tendencia a generalizar muestras tan eclécticas difícilmente lleva a informaciones coherentes acerca de la naturaleza de sistemas económicos dados. Aun dentro de estas limitaciones, definiciones como 'domesticación' —entendida como proceso— requieren de su especificación respectiva, ya que existen muchas especies cuyo estatus de «doméstico» o «silvestre» no es claro, como tampoco lo es su función alimenticia, «industrial» o medicinal, que puede variar según su contexto social, por lo que adquiere una cierta multifuncionalidad. Parte del problema es la definición de la tecnología requerida para la obtención, el procesamiento, el consumo y la distribución de materia prima (fuentes alimenticias incluidas). Como sociedades de este tipo no suelen estar desligadas de otras más «avanzadas», se tienen que considerar intercambios de carácter activo y otros más pasivos —a veces de larga distancia— que afectan a la estructura social en términos de la aparición de signos de especialización y de desigualdad. Las plantas o animales domésticos tampoco se convierten, necesariamente, en la base alimenticia, sino que sirven para fomentar la cohesión e integración de grupos en circunstancias especiales que pueden servir para realizar trabajos

comunales (véase Schmidt, este número, o las obras de los grupos humanos paleolíticos en cuevas como Lascaux, Altamira y otras más). En estas ocasiones pueden reunirse grupos normalmente dispersos y reducidos en cantidades mayores por tiempos más prolongados. A modo de ejemplo, las complejas fiestas de iniciación de los *selk'nam* de Tierra del Fuego, cazadores de guanacos, podían durar «cuatro [...] diez meses o más según la importancia que tenían nuevos imprevistos» e, inclusive, hasta dos años (Kaulicke 1980: 208; Gusinde 1982: vol. II, 800-801).

En resumen, el término «domesticación» encubre una complejidad que no se capta al limitarse a la conversión biológica de especies silvestres en domésticas, ni mucho menos es una señal de cambio económico en forma de una oposición entre dos sistemas, en el sentido de que la presencia de plantas alimenticias domésticas implica la desaparición de sistemas de obtención de alimentos «predomésticos», que la caza-recolección se vuelva obsoleta, o que el maíz, de por sí, constituya una certeza de una agricultura completa y su ausencia sea evidencia de sistemas poco eficientes. Por lo tanto, el hombre preneolítico no es un *Homo oeconomicus* por definición, sin aportes relevantes en el campo de lo social, sino parece que es 'lo social' lo que domina a 'lo económico'.

La sedentarización, dentro de esta lógica, tampoco es un simple proceso que va desde una alta movilidad a una permanencia estable, sino que implica variaciones y dinámicas notables y complejas; no existe una evolución unilineal desde un paraviento simple a la arquitectura monumental, como podría asumirse por algunos de los casos expuestos. En primer término, se debería contemplar la experiencia de percepciones del espacio en forma de lugares desde una corporalidad individual. Esta fijación de emplazamientos determinados lleva a un ordenamiento del espacio dentro de un concepto de espacio-tiempo, en otras palabras, a una cosmología u orden del mundo. Esta conceptualización requiere de una regulación de la comunicación como muestra de consenso de estas percepciones y su consolidación por medio de rituales. Esta comunicación no solo se limita a otros individuos relacionados, sino que se extiende a sociedades de otros seres que regulan la interrelación entre animales/plantas y hombres, los que, en conjunto, pueblan este espacio compartido en forma de sociedades paralelas a la sociedad humana. Esta interrelación entre hombre y animal no es de conflicto o violencia, pese a que la muerte del animal es inducida por el cazador, sino que el hombre es el móvil para la regeneración del animal que se le entrega para este fin (cf. Ingold 2000a). Este tema está plasmado también en el «arte» rupestre en forma de marcadores significativos en el paisaje, así como en el arte mueble figurativo del Paleolítico Superior al interior de estructuras domésticas o vinculado a ellas (cf. Ingold 2000b). En este sentido, el cambio de «actitud» frente a animales y plantas domésticas está vinculado con la tierra, y los poderes que la controlan y sus productos, así como con reglas específicas en los rituales del cultivo y de la cosecha, y la inserción de lo cosechado en la sociedad. En el caso de los animales, ellos son incorporados en la estructura social, son utilizados en los intercambios y sirven de mediadores con seres transcendentales en sistemas de sacrificio, por lo que ya no son agentes de este carácter, sino mediadores entre ellos y los seres humanos (cf. Laugrand y Oosten 2004: XLII). Esta interrelación incluye, aun, la analogía de la fertilidad femenina con la de los animales y las plantas cultivadas (cf. Hugh-Jones 1979; para el caso del Paleolítico, cf. Caldwell 2009).

La casa es un concepto central de la sedentarización —*domus* en latín, derivado de la palabra griega «dómos»— y no solo se refiere al espacio construido de la vivienda, sino que cubre un campo semántico amplio con sus derivados. Su raíz indogermánica **dem* tiene significados personales y sagrados fuera de lo constructivo; en latín predomina el aspecto social (como el término «dominus», que significa 'señor', 'amo' [de la casa], 'anfitrión' [de banquetes], 'organizador' [de juegos o fiestas públicas], de lo que se derivan los términos «dominar», «dominio», entre otros). Para los romanos también era equivalente de un estado de paz, ya que la casa y sus habitantes se consideraban como un espacio de protección básico contra un exterior hostil, separado físicamente por el dintel de la puerta, por lo que la esfera doméstica ocupaba un ámbito central en la religión romana. El lugar de culto del *rex* temprano fue llamado *domus regia*, lo que sugiere el papel de la casa como metáfora para la construcción de la sociedad (cf. el término alemán «dom», que significa 'catedral'). La coexistencia de las generaciones, el ejercicio del culto común de los ancestros y la focalización en la subsistencia material, transferida por leyes de herencia, condujeron al significado general de «domus» como 'origen social', 'entorno familiar' y 'descendencia legal'. Los conjuntos familiares aristocráticos —originalmente «familia»— fueron llamados *domus* más tarde, con lo que se subraya la

función de las casas de los *nobiles* como centros importantes de decisiones políticas en el camino de lo que, luego, se llamarían cortes (Linke 1999). En griego, el término equivalente es «oikos» que significa ‘casa’, ‘cámara’, ‘edificio público’, ‘templo’ y ‘cosas domésticas’, mientras que «oikeios» implica nociones como ‘establo’, ‘dormitorio’, ‘jaula’, ‘cuarto de templo’, ‘tumba’ y ‘familia doméstica’. Asimismo, «oikíos» significa ‘templo o morada de una divinidad’, «oikía» alude a ‘herencia’, en tanto que «household» evoca a ‘los habitantes de una casa’ o ‘descendencia familiar»; «oikodespotes» es ‘el señor de la casa’, o ‘rey nativo’; del mismo modo, «oikoteía» sugiere un *household of slaves* y los esclavos como grupo social, «oiketía» significa ‘colonizar’ y ‘dirigir un *household* y «oikouméne», en el mundo griego, denota el mundo habitado (Liddell y Scott 1968: 1202-1205).

Es fácil reconocer algunas nociones que en el uso cotidiano actual del término «casa» se vinculan con los significados presentados, pero de un modo más difuso con tendencia a la política o a la economía; lo expuesto, en cambio, define un rico campo semántico que refleja muchos aspectos que denotan que ‘lo doméstico’ es un concepto central aun en las sociedades complejas. Esto sugiere que la casa se convierte en una especie de microcosmos que el hombre construye alrededor de él y desde cuya seguridad puede negociar con otras figuraciones del cosmos de su mundo. Waterson, en su libro titulado *The Living House* (1990), describe el papel de las cosmologías de la casa en el sureste de Asia, como un equivalente de cosmos en el que está insertado el mundo social, lo que está presente, de manera muy elaborada, en la forma de una aldea que constituye un «cosmograma», mientras que la casa del jefe de la aldea conforma un microcosmos dentro del microcosmos. También se imagina a la casa como un cuerpo antropomorfizado. Por lo tanto, existe una interdependencia entre la «vida» de un conjunto y sus construcciones, y aquellas de sus habitantes. «Nace» mediante el proceso de la construcción, se enferma y, también, muere. Su vitalidad deriva de los árboles usados para la construcción y su fuerza vital procede del acto constructivo acompañado por sus rituales, y la asociación entre casa y cuerpo (humano o animal), por lo que el edificio se convierte en una especie de extensión de los cuerpos de sus moradores. En este sentido, la casa está concebida como un vientre femenino, como fuente de la vida que, en Indonesia, sirve de punto de partida para cadenas metafóricas que vinculan a las mujeres, las casas, los grupos de parentesco, los ancestros y la tierra, entre otros (*cf.* arriba).

Otro tema relacionado es la elaborada ritualización y conceptualización de los muertos en cuanto a su ancestralización. Este complejo se visualiza en la casa en forma de altares u otro tipo de representaciones que sirven también para la memorización de sus orígenes y los del grupo de parentesco. Espíritus y ancestros pueden tener sus propias casas, que gozan de la constante atención y alimentación de los vivos. La emulación de las casas de los vivos por casas mortuorias es otro ejemplo del papel vital de su presencia en la organización de las sociedades del sureste de Asia en una especie de capacidad de modelar la sociedad de los muertos respecto de la de los vivos y un mantenimiento de vínculos estrechos entre los ancestros y los seres humanos vivientes. En otras palabras, la vida y la muerte son estados integrados en un ciclo continuo.¹

Si no se consideran estos ejemplos como casos específicos —ya que, en efecto, se trata de comparaciones regionales—, sino como variantes de temas generales con validez histórica, se podrían sacar algunas conclusiones. Las unidades domésticas —para usar la jerga arqueológica— no son simples bloques de unidades mínimas de cierta relevancia básica para definir grupos simples dentro de sociedades simples o complejas ni tampoco solo modos de producción, sino que se constituyen como el eje fundamental del hombre que le permite lidiar con el mundo de afuera. Asimismo, le sirven de punto de partida para construir su orden del mundo desde la seguridad del orden construido alrededor del mismo. La «naturaleza» —o, mejor expresado, el mundo alrededor de él— es, igualmente, un espacio ordenado con lugares determinados y con agentes no humanos que requieren de su intervención constante, su diálogo y su negociación.

Esta lógica encubre un sinnúmero de variantes que se expresan en identidades y memorias en las que las mencionadas dicotomías son demasiado simplistas para ofrecer explicaciones generalizables. Los cambios, más bien, pueden ser poco o nada intencionales, y dirigirse en la dirección «equivocada», algo que puede deberse a muchas razones, fuera de los cambios climáticos que, a menudo, sirven de *deus ex machina* para transformaciones sociales. Probablemente, las desigualdades sociales se deben más al carisma de los líderes —por ejemplo, su conversión en ancestros después de su muerte— y a la conveniencia, al menos inicial, que ofrece su presencia para la comunidad. Estos cambios, como queda comprobado, deben contemplarse

en condiciones particulares en vez de entenderlos como parte de teorías generalizantes. Es evidente que la arqueología debería ofrecer datos significativos para estos cambios por medio de sus posibilidades de materialización. En vez de enfocar, de manera exclusiva, «cambios dietéticos» al usar cifras poco significativas o de especular sobre volúmenes arquitectónicos convertidos en labor humana cuantificada, habría que concentrarse más en aspectos como la funcionalidad ritual o no ritual de la arquitectura monumental como de la no monumental, la interrelación entre el ritual y los aspectos domésticos (*cf.* Bradley 2005), así como la relación entre los asentamientos y los lugares ritualizados del paisaje: la arqueología de los lugares naturales (*cf.* Bradley 2000) y su domesticación. De igual o, quizá, aún mayor importancia son los estudios pormenorizados de contextos funerarios y su relevancia social dentro de la lógica expuesta y en relación con conceptos cosmológicos. En resumen, habría que complejizar ‘lo simple’ y simplificar ‘lo complejo’.

4. Cambio y tiempo, cronología y terminología

Antes de pasar a la presentación de los aportes contenidos en la presente obra queda por insertar las ideas expuestas en un marco referencial obligado: su relación tiempo-espacio. Para ello puede servir un trabajo de Boyd sobre el «sedentarismo» (el entrecomillado es del autor) en el Levante durante el Epipaleolítico Tardío (Natufiense; *cf.* Boyd 2006), un caso clásico de los llamados cazadores-recolectores complejos. Normalmente, los criterios para definir el sedentarismo son arquitectura de piedra, cultura material de morteros y batanes pesados, depósitos en pozos, cementerios, presencia de fauna comensal (ratones, ratas y gorriones), estacionalidad de la caza documentada en el crecimiento de los dientes de la gacela, así como un mayor espesor de los depósitos arqueológicos. Todos estos criterios están presentes al menos en algunos de los sitios del Natufiense, pero han aparecido dudas acerca de su validez como pruebas de sedentarismo, ya que las evidencias no son indiscutibles y mucho se debe a la «retrospección» desde una perspectiva neolítica.

En cuanto a la arquitectura de piedra, esta no necesariamente refleja permanencia de ocupación y tampoco corresponde a nociones algo vagas como ‘semisedentario’ o ‘semipermanente’, y su supuesta relevancia para las transformaciones en la organización social. Las tradiciones arquitectónicas indican cambios en las estrategias de construcción, así como en la percepción y la comprensión humanas de lugares ubicados en el paisaje; de este modo, son elaboraciones o embellecimientos de espacios particulares (*cf.* arriba). En algunos de los casos parece que se trató de antiguas áreas funerarias, lo que no implica que estas marcas más permanentes del paisaje también involucraron permanencia de ocupación humana. Tampoco convence, necesariamente, la presencia de morteros líticos grandes. Estos parecen haberse transportado desde cierta distancia para un uso que bien pudo haber sido esporádico. El almacenaje está sugerido por la presencia de pozos o silos, pero su contenido es variado y hasta incluye individuos humanos.² Los restos botánicos pertinentes no fueron encontrados en ellos. Los contextos funerarios —otro factor a favor del sedentarismo— no parecen ser contemporáneos con los pisos de la arquitectura, sino anteriores. El problema de la definición de lapsos de construcción, ocupación y construcción renovada, así como su interrelación cronológica para el Natufiense está poco esclarecida (véase Samuelian *et al.* 2006). Por último, las relaciones entre el hombre y el animal, que sufren transformaciones notables en el Natufiense, muestran que los animales estaban involucrados en una gama de prácticas sociales como tecnologías óseas, sus representaciones en hueso y piedra, presencia de ellos en contextos funerarios, entre otros. En cierto sentido, estas prácticas son tanto parte de procesos de «domesticación» como los factores biológicos favorecidos que no se presentan en estos contextos. De este modo, la domesticación de cereales en el Cercano Oriente no parece existir antes del PPNB (hacia 9300 a.p.), y aparece en diferentes regiones o sitios en forma independiente (véase Nesbitt 2002; Willcox 2002). Cabe mencionar que estas prácticas ya se observan en el Paleolítico Superior de Europa con miles de años de anticipación al Natufiense,³ y vuelven a aparecer en el PPNA y PPNB, más de 1000 años después de este.

Por otro lado, Rowley-Conwy (2001) discute otro concepto muy influyente, llamado Original Affluence Society, del importante libro de Sahlins (1972), basado en el concepto zen de ‘no querer, no extrañar’ y en una serie de suposiciones sobre las características generales de los cazadores y destaca las siguientes: 1) existe una tendencia de lo simple a lo complejo, 2) los humanos anatómicamente modernos

solo se organizaban en grupos simples, 3) el cambio hacia la complejidad ocurre en forma lenta, 4) el cambio hacia la complejidad es irreversible, 5) el cambio hacia la complejidad es un paso hacia la agricultura, y 6) los cazadores-recolectores más interesantes son los que se convirtieron en campesinos. El autor demuestra que ninguna de estas suposiciones es válida, ya que existen numerosas evidencias arqueológicas que las invalidan. Esto implica que muchas de las características de la complejidad social ya existían entre los cazadores-recolectores —incluido el concepto de ‘casa’, tratado arriba— de modo que deberían haber mecanismos que conviertan estas complejidades «embrionarias» en fenómenos sostenibles dentro de una constelación particular de circunstancias, de las que una o varias de ellas podrían servir de efectos multiplicadores. Dentro de esta perspectiva, es imperativo enfocar estas situaciones particulares como contingencias históricas en vez de procesos evolucionistas, lo que obliga a precisar la cronología con el afán de documentar secuencias diacrónicas e interrelaciones sincrónicas al aplicar mitologías y técnicas adecuadas que puedan garantizar este objetivo (véase Gebel, este número).

Con todo ello, se puede regresar al caso «peruano». En el Periodo Arcaico existen muchos casos de series de ocupaciones repetidas en abrigos rocosos (*cf.* Kaulicke 1994) y sitios al aire libre en la sierra (por ejemplo, Asana; *cf.* Aldenderfer 1998), y ocupaciones desplazadas en un territorio reducido (*cf.* Chauchat *et al.* 1992), algunas de ellas por debajo de sitios complejos del Periodo Arcaico Final (por ejemplo, Cerro Sechín; *cf.* Fuchs 1992). Muchos de ellos cuentan con estructuras cuya relevancia para sus usuarios originales normalmente no queda clara. Dillehay y sus coautores (Dillehay *et al.* 2007) plantean la presencia de horticultores en el valle de Zaña (fase Pircas 7000-5000 a.C.) con evidencias de estructuras domésticas de uso prolongado —con algunos indicios de uso repetido de espacios en la fase anterior (Paijanense Tardío)— y presencia de arquitectura monumental (4500-3000 a.C.) en la fase Tierra Blanca (5000-2500 a.C.), construida y usada por sociedades agrícolas. Esto significaría que el cambio hacia la complejidad en Zaña —y, quizá, en otras zonas por definir— se dio alrededor de 7000 a.p. Como queda mencionado, la arquitectura monumental se inició en Casma alrededor de 3500 a.C. En estos casos, la arquitectura muestra elementos compartidos sobre áreas mayores y principios de superposiciones regulares o cíclicas que permiten una definición previa de tiempo involucrado más en la teoría que en la práctica por falta de documentación precisa (con la excepción de Kotosh; *cf.* Izumi y Terada 1972; Kaulicke e.p. a). Existen casos de construcciones y fases de enterramiento tanto relativamente cortas (*cf.* los estudios en el complejo de Cerro Lampay realizados por Vega-Centeno, número anterior), como también más largas en Caral y otros sitios (*cf.* Kaulicke e.p. b). El problema que se suscita es la relación funcional y temporal entre la arquitectura monumental y la arquitectura doméstica debido a la documentación poco precisa o, inclusive, ausente. Esto vale también para la definición del área —desplazamientos dentro de ella, un sitio o varios, entre otros—. Es deficiente también la documentación acerca de la inserción de la cultura material en contextos específicos relacionados con la arquitectura (*cf.* discusión acerca de la noción de ‘casa’), así como la relación concreta con las bases económicas.

Este cúmulo de datos que aumenta en forma constante y acelerada requiere de una sistematización cronológica. Sobre la base de las sugerencias de fases en Caral (Shady 2005: 13), la discusión expuesta por Vega-Centeno (número anterior) y los postulados de Dillehay (véase arriba), se podría plantear el siguiente esquema: Periodo Arcaico Tardío (5000-2600 a.C.), con probables subdivisiones por definir, Periodo Arcaico Final A (2600-2400 a.C.), Periodo Arcaico Final B (2400-2000 a.C.) y Periodo Arcaico Final C (2000-1500 a.C.), lo que incluye una transición al Periodo Formativo Temprano (1700-1500 a.C.; *cf.* Kaulicke e.p. b). Este esquema permite ordenar mejor e incluir todos los sitios pertinentes con los fechados (corregidos) y la documentación correspondientes.

En el Perú existe una nomenclatura poco unificada para la periodización del tiempo en cuestión sin que se definan claramente las diferencias respectivas que puedan sustentar esta situación: periodos líticos, Periodo Lítico/Periodo Arcaico (Inferior/Superior), Periodo Precerámico, Periodo Precerámico con algodón o, inclusive, Periodo Formativo Precerámico. En los trabajos publicados en en estos dos números del *Boletín* se han respetado las preferencias personales de los autores, pero esta proliferación de denominaciones conlleva ciertos problemas metodológicos. Por un lado, se crean oposiciones como lítico (¿de Paleolítico/Mesolítico?) frente a cerámico (la base de la cronología de Rowe) o esquemas evolucionistas como arcaico-formativo (inferior-superior). La inclusión del Formativo también se basa en estos argumentos, así como en comparaciones poco convincentes con el Neolítico Precerámico (Pre-Pottery Neolithic

o PPN) del Levante. El autor insiste en usar el término «arcaico» en un sentido cronológico —y que empieza con el inicio del Holoceno—, que se basa en industrias líticas y en sus cambios fundamentados en las estratigrafías de pisos de ocupación en abrigos rocosos y estaciones al aire libre, así como en estructuras superpuestas que permiten una subdivisión más fina del Periodo Arcaico Final y que, con más datos a disposición, podrían servir para subdividir el Periodo Arcaico Tardío. Si bien los términos «arcaico» y «formativo» pueden entenderse como indicadores de estadios evolucionistas, depende de su definición para que se les entienda como justificaciones cronológicas y no interpretativas de procesos. Asimismo, la aplicación de fechados radiocarbónicos no debería funcionar como una especie de cronología independiente en forma de seriación por edad sin la previa discusión de la cronología relativa o su confrontación con ella. De esta manera, se observa que existe una mayor diversidad en la arquitectura monumental en lo que respecta a técnicas de construcción, diseño arquitectónico, diferencias de tamaño y complejidad interior, técnicas y ubicación de decoración figurativa y contextos asociados (contextos funerarios, ofrendas, quemadas, «basura», áreas de actividad, entre otros) en diferentes regiones en forma sincrónica y diacrónica. Definiciones más precisas de esta diversidad contribuirán a una mejor comprensión de la complejidad que el planteamiento de nuevas teorías del «origen de la civilización».

5. Acerca de las contribuciones

En el número 10 del *Boletín* se publicaron 14 aportes dedicados al tema referentes al espacio andino: uno sobre Colombia (Oyuela-Caycedo), uno acerca del norte de Chile (Lautaro Núñez), dos sobre Argentina (Yacobaccio y Scattolin), uno comparativo (Zaña y los mapuche del Chile meridional, Dillehay), mientras que el resto trata de casos del Perú (dos abordan el valle de Casma [Fuchs *et al.*, y Ghezzi y Ruggles], cuatro del Norte Chico [Shady, Vega-Centeno, Chu y Makowski], uno se refiere a la costa central [Goldhausen *et al.*], uno del área de Palpa [Reindel e Isla] y uno sobre la sierra norte [Rick]). La mayoría trata del Periodo Arcaico y los demás se dedican al Periodo Formativo. Si bien esta colección no puede pretender una cobertura representativa, permite discernir la enorme variedad de formas de complejidad social que caracteriza esta parte occidental del continente sudamericano.

En el presente número se agregan otras contribuciones acerca de áreas no andinas como el Brasil (Neves), la parte baja de Bolivia (Prümers) y acerca del sureste de Uruguay (Iriarte); también se incluye un trabajo del altiplano boliviano (Janusek), así como uno de la costa central del Perú (Benfer *et al.*). En su totalidad, estos 13 artículos ayudan a poner sobre la mesa una situación compleja en la que las viejas dicotomías deberían replantearse, así como los conceptos de centro y periferia, la difusión de la complejidad de los núcleos favorecidos, la condición de los cazadores-recolectores simples frente a las sociedades jerarquizadas tempranas, entre otros. Ante esta complejidad cabría cuestionar si los casos de sedentarización y domesticación («neolitización») sudamericanos constituyen ejemplos diferentes a otros situados en distintas partes del globo. ¿Se pueden detectar mecanismos sociales, culturales y económicos que permitan resolver el problema si los Andes pueden incluirse en los pocos ejemplos del surgimiento temprano de sociedades complejas en el mundo, o se puede determinar si semejante problema es artificial y no debería proponerse de esta forma? Con el fin de facilitar estas comparaciones, se incluyen, en este número, otros casos regionales o sitios paradigmáticos que invitan a contrastar los casos andinos y no andinos con perspectivas fuera de América del Sur. Tres contribuciones cubren América del Norte (Varién y Kohler tratan sobre el Suroeste de los Estados Unidos, mientras que Anderson expone sus planteamientos sobre el Sureste) y Mesoamérica (Clark). Por último, se presentan cinco autores más de otras latitudes: Liu, con un artículo sobre la prehistoria de China; Gebel, quien aborda el Levante meridional (Jordania) como ejemplo del área más estudiada acerca del problema en cuestión en el mundo entero; Schmidt, estudioso que aporta un trabajo sobre las últimas excavaciones en Göbekli Tepe, Turquía, un sitio de sorprendente antigüedad (9500 a.C.), y de complejidad arquitectónica y artística igualmente impresionante; Seidlmayer, quien se concentra en el problema del Estado temprano en el antiguo Egipto y que presenta aspectos algo inusuales a la luz de nuevas investigaciones, y Breunig, *last not least*, un investigador que se dedica a un tema poco común, el de la complejidad social en Nigeria, en el oeste de África, un área de mucho potencial y que llena algunos vacíos aún existentes.

No es difícil ver, en una comparación somera, las diferencias marcadas entre las características particulares de estas regiones y/o sitios. El centro primigenio del Creciente Fértil se disuelve en policentros (véase Gebel, este número), mientras que la China recibe influencias de Asia Central pese a su propio camino a la complejidad. Áreas normalmente no consideradas en las discusiones sobre complejidad social temprana, como el Sureste de los Estados Unidos, muestran montículos monumentales y cementerios formalizados al mismo tiempo —o aun antes— que en los Andes y se vislumbran, también, en el Uruguay. La enorme variabilidad social, política y cultural que se percibe mediante sus fascinantes expresiones materiales, que no dejan de producirse en escala incrementada, poco a poco permitirá contar con bases significativas para el análisis en vez de tener que discernir entre informaciones incompletas y lagunas de ignorancia, e interpretarlas como inexistentes o evidencias de «subdesarrollo». En el artículo final se tratará de enfocar los logros y los problemas planteados en esta importante colección de 27 aportes de la pluma de más de 40 autores.

Notas

¹ Para ampliar este tema, véase también los trabajos de Carsten y Hugh-Jones (1995), además de los de Wilson (1988) y Hugh-Jones (1995); y para su aplicación a la arqueología, cf. Hodder (1990), Kuijt ([ed.] 2000), Banning y Chazan (2006), y Watkins (2006).

² Acerca del tema del almacenaje en el temprano Cercano Oriente (Epipaleolítico y Neolítico Temprano), véase Bartl (2004).

³ En Ohalo II (hacia 21.500 a.C. [calib.]) ya hay agrupaciones de estructuras con cierta complejidad sin la presencia de cultígenos (Nadel 2006). Para comparaciones con el Paleolítico Superior de Europa, véase el trabajo de Kozłowski (2006).

REFERENCIAS

Aldenderfer, M. S.

1998 *Montane Foragers: Asana and the South-Central Andean Archaic*, University of Iowa Press, Iowa City.

Banning, E. B. y M. Chazan (eds.)

2006 *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment 12, ex oriente, Berlin.

Bartl, K.

2004 *Vorratshaltung. Die spätepipaläolithische und frühneolithische Entwicklung im westlichen Vorderasien. Voraussetzungen, typologische Varianz und sozio-ökonomische Implikationen im Zeitraum zwischen 12.000 und 7600 BP*, Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment 10, ex oriente, Berlin.

Bischof, H.

1998 Los orígenes de la civilización centroandina en la obra de Max Uhle, *Indiana* 15, 37-78, Berlin.

Bonavia, D.

1991 *Perú: hombre e historia. Vol. 1, De los orígenes al siglo XV*, Ediciones EDUBANCO, Lima.

Boyd, B.

2006 On «Sedentism» in the Later Epipalaeolithic (Natufian) Levant, *World Archaeology* 38 (2), 164-178, London.

Bradley, R.

2000 *An Archaeology of Natural Places*, Routledge, London/New York.

2005 *Ritual and Domestic Life in Prehistoric Europe*, Routledge, London/New York.

Burger, R. L.

1992 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.

Caldwell, D.

2009 Paleolithic Whistles or Figurines? A Preliminary Survey of Pre-Historic Phalangeal Figurines, *Rock Art Research* 26 (1), 65-82, Melbourne.

Carrión-Cachot, R.

1948 La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1), 99-172, Lima.

Carsten, J. y S. Hugh-Jones (eds.)

1995 *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge.

Chauchat, C., E. Wing, J. Lacombe, P. Demars, S. Uceda y C. Deza

1992 *Préhistoire de la Côte nord du Pérou: le Paijanien de Cupisnique*, Cahiers du Quaternaire 18, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.

Dillehay, T. D., J. P. Rossen, T. C. Andres y D. E. Williams

2007 Preceramic Adoption of Peanuts, Squash, and Cotton in Northern Perú, *Science* 316 (5833), 1890-1893, Washington, D.C.

Fuchs, P. R.

1992 Nuevos datos arqueométricos para la historia de ocupación de Cerro Sechín, Periodo Lítico al Formativo, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Archaeologica Peruana 2: arquitectura y civilización en los Andes prehispánicos/ Architecture and Civilization in the Prehispanic Andes*, 145-161, Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana/Reiss-Museum Mannheim, Heidelberg.

Gusinde, M.

1982 *Los Indios de Tierra del Fuego. Resultados de mis cuatro expediciones en los años 1918 hasta 1924, organizadas bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública de Chile. Tomo I, vol. II, Los selk'nam* [traducción dirigida por W. Hoffmann y revisión técnica de O. Blixen], Centro Argentino de Etnología Americana, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires.

Hodder, I.

1990 *The Domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*, Blackwell, Oxford.

Hugh-Jones, S.

1979 *The Palm and the Pleiades: Initiation and Cosmology in Northwest Amazonia*, Studies in Social and Cultural Anthropology, Cambridge University Press, Cambridge.

1995 Inside-Out and Back-to-Front: The Androgynous House in Northwest Amazonia, en: J. Carsten y S. Hugh-Jones (eds.), *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*, 226-252, Cambridge University Press, Cambridge.

Ingold, T.

2000a Hunting and Gathering as Ways of Perceiving the Environment, en: T. Ingold (ed.), *The Perception of the Environment: Essays in Livelihood, Dwelling, and Skill*, 40-60, Routledge, London/New York.

2000b Building, Dwelling, Living: How Animals and People Make Themselves at Home in the World, en: T. Ingold (ed.), *The Perception of the Environment: Essays in Livelihood, Dwelling, and Skill*, 172-188, Routledge, London/New York.

Izumi, S. y K. Terada

1972 *Andes 4. Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966*, University of Tokyo Press, Tokyo.

Kaulicke, P.

1980 Beiträge zur Kenntnis der lithischen Perioden in der Puna Juníns, Peru, tesis de doctorado, Philosophische Fakultät, Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität, Bonn.

1994 Los orígenes de la civilización andina, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia general del Perú*, tomo I, BRASA, Lima.

e.p. a On the Origins of Social Complexity in the Central Andes and Possible Linguistic Correlations, para publicarse en: Proceedings of the British Academy, London.

e.p. b Memoria y temporalidad en el Formativo del Perú, para publicarse en: *Senri Ethnological Studies*, Osaka.

Kozłowski, S. K.

2006 The Hunter-Gatherer «Villages» of the PPNA/EPPNB, en: E. B. Banning y M. Chazan (eds.), *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, 43-51, *Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment* 12, ex oriente, Berlin.

Kuijt, I. (ed.)

2000 *Life in Neolithic Farming Communities: Social Organization, Identity, and Differentiation*, *Fundamental Issues in Archaeology*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Laugrand, F. B. y J. G. Oosten

2004 Introduction: The Nature of Spirits, en: F. B. Laugrand y J. G. Oosten (eds.), *La nature des esprits dans les cosmologies autochtones/Nature of Spirits in Aboriginal Cosmologies*, xxxiii-xlix, Les Presses de l'Université Laval, Québec.

Liddell, H. G. y R. Scott

1968 *A Greek-English Lexicon*, 9.^a ed., Clarendon Press, Oxford.

Linke, B.

1999 Domus, en: H. Cancik y H. Schneider (eds.), *Der neue Pauly. Enzyklopädie der Antike*, tomo 3, 762-763, S. B. Metzler, Stuttgart/Weimar.

Moseley, M. E.

1975 *The Maritime Foundations of Andean Civilization*, Cummings, Menlo Park.

2006 Chimbote y los orígenes de la civilización americana, en: P. Trillo (ed.), *Libro del Centenario de Chimbote*, 35-47, El Comercio/Yan Producciones, Lima.

Nadel, D.

2006 Residence Ownership and Continuity: From the Early Epipalaeolithic unto the Neolithic, en: E. B. Banning y M. Chazan (eds.), *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, 25-34, *Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment* 12, ex oriente, Berlin.

Nesbitt, M.

2002 When and Where did Domesticated Cereals First Occur in Southwest Asia?, en: R. T. J. Cappers y S. Bottema (eds.), *The Dawn of Farming in the Near East*, 113-132, *Studies in the Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment* 6 (1999), ex oriente, Berlin.

Pozorski, S. G. y T. G. Pozorski

1987 Theocracy vs. Militarism: The Significance of the Casma Valley in Understanding Early State Formation, en: J. Haas, S. G. Pozorski y T. G. Pozorski (eds.), *The Origins and Development of the Andean State*, 15-30, *New Directions in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

Rowley-Conwy, P.

2001 Time, Change, and the Archaeology of Hunter-Gatherers: How Original is the «Original Affluent Society»? en: C. Panter-Brick, R. H. Layton y P. Rowley-Conwy (eds.), *Hunter-Gatherers: An Interdisciplinary Perspective*, 39-72, *Biosocial Society Symposium Series* 13, Cambridge University Press, Cambridge.

Sahlins, M. D.

1972 *Stone Age Economics*, Aldine-Atherton, Chicago.

Samuelian, N., H. Khalaily y F. R. Valla

2006 Final Natufian Architecture at 'Eynan ('Ain Mallaha): Approaching the Diversity Behind Uniformity, en: E. B. Banning y A. Chazan (eds.), *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, 35-41, *Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment* 12, ex oriente, Berlin.

Shady, R.

2005 *La civilización de Caral-Supe: 5000 años de identidad cultural en el Perú*, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.

Stanish, C. S.

2001 The Origin of State Societies in South America, *Annual Review of Anthropology* 30 (1), 41-64, Palo Alto.

Tello, J. C.

- 1921 *Introducción a la historia antigua del Perú*, San Martí, Lima.
- 1942 Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas, en: *Actas y Trabajos Científicos del 27.º Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939*, vol. I, 589-720, Lima.

Uhle, M.

- 1917 Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos, para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico, *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress, Washington, USA, Monday, December 27th, 1915 to Saturday, January 8th, 1916. Section I, Anthropology*, vol. I, 386-408, Washington, D.C.
- 1942 Procedencia y origen de las antiguas civilizaciones americanas, en: *Actas y Trabajos Científicos del 27.º Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939*, vol. I, 355-368, Lima.

Waterson, R.

- 1990 *The Living House. An Anthropology of Architecture in South-East Asia*, Oxford University Press, Singapore/Oxford/New York.

Watkins, T.

- 2006 Architecture and the Symbolic Construction of New Worlds, en: E. B. Banning y M. Chazan (eds.), *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, 15-24, Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment 12, ex oriente, Berlin.

Wilson, P. J.

- 1988 *The Domestication of the Human Species*, Yale University Press, New Haven.

Willcox, G.

- 2002 Geographical Variation in Major Cereal Components and Evidence for Independent Domestication Events in the Western Asia, en: R. T. J. Cappers y S. Bottema (eds.), *The Dawn of Farming in the Near East*, 133-140, Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment 6 (1999), ex oriente, Berlin.